entendemos que debe ser el fallo no sólo absolutorio, sino aprobatorio de su conducta".

Con eso queda dicho todo: pésense escrupulosa y fielmente los actos de que es responsable don Braulio Carrillo, hoy, que la voz de la pasión ha callado, que sus émulos no existen, y se juzgará como nosotros, que merece su memoria bien de la patria.

Y no es que hayamos olvidado el cargo fuerte que se hace a don Braulio Carrillo de haber roto el orden constitucional al entrar violentamente al poder por segunda vez, ni que erijamos en sistema tal modo de proceder, nosotros, eternos enamorados del orden y la legalidad, sino que al juzgar de una vida que fué como fué, no hecha a nuestro gusto, y de la cual si pudiéramos lavaríamos un borrón como ése, lo hacemos con el criterio que la justicia y la equidad nos impone.

ALFONSO JIMÉNEZ R.

(De La Prensa Libre, San José, C. R., marzo de 1900). "Reproducción" Nº 128. 15 de agosto de 1925. Tomo VIII.

La opinión de Don Ricardo Jiménez

"Para muchos, don Braulio Carrillo es el prototipo del buen gobernante. *Mussolini* y *Hitler no son sino discípulos aventajados de don Braulio.* Todos tres acuden, para mayor gloria de su patria, a métodos de intransigencia, de dureza, de *purgas* de sangre, de dominación personal, sin límites en el espacio o en el tiempo. Todo ello nos parece a unos abominable: y, a otros, necesario. Esto último lo creía don Braulio y lo han creído, y aún lo creen, muchos en Hispano América (*)

Reportaje *"Diario de Costa Rica"*, 27 de abril de 1941.

" . . . . . .

Cuando en los primeros meses de 1842 Morazán desembarcó en Caldera gobernaba Carrillo. El país no corrió a defenderlo. Recibió a Morazán con flores. Lo recibió con aplauso. Y lo utilizó como un libertador. Dicen que don Rafael Barroeta decía cuando se pactaba con Morazán: no señores, vamos a pelear, no a pactar. Y su voz se quedó en el vacío. El pueblo no quería a Carrillo cuya mano dura soportaba. Y la prueba es que en setiembre de ese mismo año el pueblo, que con las armas de su lado no se levantó a defender a Carrillo, con escopetas y

(*) La humana condición es tal que quién así habla de Carrillo, es el mismo que a grandes voces pide una estátua para el General don Próspero Fernández, el más despótico y atrabiliario de nuestros gobernantes, aquel de quién con toda justicia se puede decir que es "el tipo del dictador hispanoamericano".—*J. V.*

cuchillos de trabajar se levantó contra Morazán. Y acabó con Morazán, y lo fusiló y no hizo volver a Carrillo. Al contrario, se le negó la entrada al país. De manera que a Morazán lo recibió para salir de Carrillo, y luego se deshizo de Morazán sin que eso significara que había reaccionado en favor del dictador. Los pueblos no se equivocan, y pueden aguantarse al tirano y al conculcador de sus libertades cuando no tienen fuerza para tumbarlo. Pero una vez que lo tumban, no llaman sino a los que quieren. Y a Carrillo no lo llamaron después de la trágica jornada de setiembre de 1842. Era natural que si el gobernante depuesto por el pacto del Jocote y por el aplauso popular a principios de ese año hubiera sido amado de sus conciudadanos y éstos lo hubieran considerado el semidiós que lo creen algunas gentes de hogaño, en cuanto Morazán dejó de ser lo hubieran buscado en donde se encontrara para que hubiera seguido haciendo la felicidad de su pueblo. Pero no fué así. De manera que, en cuanto a Carrillo mi juicio no es ni aventurado ni antojadizo. Y no creo que se haga mal en analizar a ese hombre, a quien reconozco y todos habrán de reconocerle virtudes. Pero a quien si le suprimimos los defectos que realmente tuvo, lo convertiremos en cualquier ser mitológico, pero que no será Carrillo y la historia pide verdad y no leyenda". (*)

Reportaje de don Ricardo Jiménez O. "La Tribuna", 30 de abril de 1941.

Lo que piensan los jóvenes

"..... .....

Comparto en un todo su manera de pensar respecto a aquel insigne repúblico, (don Braulio Carrillo) y reputo una manifiesta injusticia de algunos hombres públicos catalogar a don Braulio entre los dirigentes totalitarios. Sobre el particular ya he manifestado mi manera de sentir, defendiendo, aunque parezca una paradoja, el espíritu democrático de aquel mandatario. Fué Carrillo, sin disputa, el forjador de nuestra nacionalidad republicana y popular, pero como todo creador vióse precisado echar mano de recursos supremos para imponerse sobre el caos existente. Mirado con los ojos de nuestro sentir actual podría parecer un tiranuelo vulgar, mas, muy otro es el cuadro cuando hacemos memoria, por la historia misma, de lo que significa una nación en formación, donde se improvisa y hasta se cambia la ley, según las circunstancias. Esa admiración profundamente arraigada por Carrillo en nuestro pueblo que ha visto en el probo gobernante a uno de sus grandes conductores, no es una aberración, sino que obedece al secreto instinto de la raza que siente y comprende a sus valores. Qué obtuvo Costa Rica con la caída de Carrillo? Instaurar a un hombre todavía más duro y feroz, que ni siquiera era costarricense. Cierto es que no se volvió a

(*) Obsérvese la manera de falsificar la historia: "el país no corrió... el pueblo no hizo volver a Carrillo..." "lo hubieran buscado..." etc. Por los hechos y documentos sabemos lo que esto significa.—*J. V.*